

Dimensiones



Óscar Varona

Despierta...

Despierta...

Samuel se despierta en mitad de la noche. Apenas puede abrir los ojos. Pesadez en los párpados y una sensación pasajera de no saber dónde está. Todo está oscuro, aunque oye a la perfección la voz de mujer que ha interrumpido su descanso. Estira el brazo y toca el cuerpo de su esposa. Ni siquiera se mueve. Duerme como un niño. Profundamente. Acaricia su espalda fría y le tapa hasta el cuello con la sábana.

La voz, esa voz de mujer fantasmal, recita un monólogo extenso que Samuel apenas puede descifrar. Hay palabras y frases que se pierden entre las paredes. Viene del piso de arriba, de una vecina a la que no consigue poner rostro, y mucho menos a estas horas de la madrugada. Consulta el reloj. Las tres de la mañana. El hombre se pregunta quién puede estar hablando tan alto a estas horas y por qué. La gente no piensa en los demás. Enciende la lámpara de la mesilla y la luz le ciega por unos instantes. Coge el tabaco y se coloca un cigarrillo en los labios mientras escucha la voz parlotear.

“¿Recuerdas? ¡Nunca me has hecho feliz!”

Esa voz... Y lo cierto es que le resulta extrañamente familiar, aunque está convencido de no conocer a la mujer que vive encima. No puede provenir de otro lugar, de eso está convencido. El sonido viene de ahí. No de los lados ni de abajo. Es arriba donde se desarrolla toda la escena. Extraña representación carente de sentido a estas horas.

“Te conocí... Hace mucho tiempo... En lo que era entonces mi casa”

Parece que la mujer habla con alguien, pero ese alguien no dice nada. Permanece mudo. Samuel puede verlos en su

cabeza mientras fuma sin ganas. La mujer hablando sin parar, moviendo los brazos de arriba abajo, gesticulando como una posesa. El hombre, pues Samuel piensa que el que escucha es su pareja, permanece impertérrito ante toda la retahíla de reproches y frases sin sentido que caen de la boca de la mujer. “¡Pobre desgraciado!”, piensa, “lo que tiene que aguantar”. Expulsa una buena bocanada de humo para terminar con el cigarrillo. Lo aplasta en el cenicero y apaga la luz. Su mujer ni siquiera se ha inmutado ante la momentánea claridad de la habitación. Siempre ha dormido así, tan profundo que ni una explosión conseguiría trastocarle el sueño. Mejor..

Se acomoda de nuevo en la cama y cierra los ojos. Intenta conciliar el sueño, pero esa voz se mete en sus oídos hasta desquiciarle. No quiere levantarse y gritar para que se calle. Tampoco le apetece subir y golpear la puerta hasta que le abran o bajen el volumen. No por ahora. Lo hará si no consigue dormirse, de eso no hay duda. No es normal que estén a estas horas discutiendo de esa forma. ¿No piensan en los vecinos? ¿No se han dado cuenta de que hay gente que necesita descansar para volver a sus rutinarias vidas al día siguiente? ¿Acaso no han reparado en que son las tres de la madrugada? Les da lo mismo. Su conversación es más importante que el resto del mundo. Y puede que tengan razón.

Samuel intenta alejar la voz de la mujer de su cabeza; un sonido que flota en la habitación como el humo del cigarrillo; que atraviesa las paredes y se mete en cada recoveco de la casa; que es como un dolor sordo de cabeza que no deja de machacar el cerebro.

“¡No eres nada! ¡Tú sin mí no eres nada!”, oye decir a la mujer e imagina que la discusión está tomando otro cariz. Más violento, si cabe. Samuel espera que no sea así, porque entonces empezarán los gritos y no podrá dormir por mucho que se lo proponga. Vuelve a estirar el brazo y toca de nuevo la espalda de su mujer. Recuerda cuando su mu-

jer y él discutían así. Gritos... Insultos... Pérdidas de respeto... Incluso algún que otro objeto lanzado. Y esa bofetada que se le escapó... No hay disculpa, lo sabe, pero ella no paraba de insultarle, de empujarle, de agredirle de cualquier forma... Y se le escapó. No quiere pensar en eso. No. Entonces fueron ellos los que no tuvieron consideración con los vecinos. Pero ni siquiera vivían aquí, y fue hace tiempo. No consigue acordarse de cuánto, pero hace tiempo. Acaricia la espalda de su esposa, extrañamente fría pese a la sábana puesta por encima. Ella no parece quejarse. Nada perturba su sueño. ¡Pobrecilla...!

Samuel comienza a pensar en ovejas saltando setos para terminar recordando en esos insectos asquerosos que salen de vez en cuando por debajo del fregadero de la cocina y que tanto detesta. La asociación de ideas es extraña, pero al final piensa en el trabajo que le espera al día siguiente, y se aburre tanto que ni la voz de la mujer del piso de arriba consigue que su cerebro se vaya lejos para terminar nadando sobre nubes de sueño que permitirán el descanso.

2

Suena el despertador como cada mañana, como todas las mañanas, como cada una de las mañanas de toda su vida. Samuel se despierta, se estira, intenta acoplarse a la realidad con normalidad. Sueños extraños han surcado su mente la pasada noche. Sueños que no le apetece recordar y que si no lo hace desaparecerán de su memoria en breve. Pero es imposible no rememorar ciertas imágenes que se han clavado en su mente con fuerza y se repiten como una película rota en sus pensamientos. Imágenes difusas que aprietan el estómago. Está nervioso. Lo nota en el temblor de sus manos, en la flojera de sus piernas. No es algo nuevo en su despertar. Últimamente le ocurre con frecuencia. La sensación de que el mundo gira sin control a su

alrededor y le falta la sangre en el cuerpo resulta bastante habitual. Tendría que ir al médico, piensa. Pero bien sabe que no lo hará. Nunca le han gustado los médicos. Coge un cigarrillo de la mesilla y lo enciende pese al movimiento constante de sus manos. Necesita nicotina. Otras cosas también, pero en estos instantes, lo único que su cuerpo reclama es un poco de humo que encharque sus pulmones. Fuma con tranquilidad, mirando sin mirar la pared de enfrente, blanca, sin adornos ni cuadros ni fotografías. Una superficie tan insulsa que es difícil no perderse en su amplitud. Piensa en cosas sin sentido. Tampoco se le puede pedir mucho a un cerebro que apenas se acaba de despertar. Los sueños se mezclan con el día a día y es el momento de separar lo uno de lo otro. La sensación de angustia por lo soñado va desapareciendo, aunque no del todo. Queda un rescoldo que mastica de vez en cuando las paredes de sus tripas.

Apaga el cigarrillo en el cenicero. Está tan repleto de ceniza y colillas que algunas caen por los lados al intentar meter una más. A Samuel eso no le preocupa. Ya lo recogerá más tarde. O su mujer, que se pasa el día entero en casa y no le cuesta nada vaciarlo. Y si les come la ceniza, pues nada, qué se le va a hacer. Se levanta de la cama sintiendo el frío inyectarse en sus pies desnudos. Introduce la mano por debajo del pijama y rasca sus nalgas con placer y ahínco. Una de las mejores sensaciones de todo el día, piensa. Recorre el pasillo hasta el cuarto de baño, donde se encuentra con su rostro reflejado en el espejo. No tiene buen aspecto. Las ojeras se marcan como dos bolsas preñadas de vino barato. Se moja la cara con abundante agua fría para quitarse la visión de en medio y despertarse por completo. No surte efecto. Tal vez la ducha tenga mejor resultado.

Samuel se sienta en una silla de la cocina, con la mirada perdida y la mente a muchos miles de kilómetros de allí. Entre sus manos, una taza de café humeante a la que

apenas hace caso. Algún que otro sorbo de vez en cuando. Es difícil saber qué piensa, qué hace que su mirada se difumine. Permanece quieto, como si el tiempo se hubiera detenido; como si no tuviera prisa y fuera más importante todo aquello que le asalta a la cabeza. Las imágenes siguen surgiendo con violencia, aunque su fuerza se va mitigando. No hay nada como una ducha y ponerse ropa limpia para sentirse una persona nueva. Pero a Samuel algo le ronda la cabeza y no se siente del todo bien. Puede que sea por la mala noche que ha pasado, con esa vecina hablando, o discutiendo, o dios sabe qué estaría haciendo hasta altas horas de la madrugada; con esas pesadillas que le han mantenido en la duermevela durante buena parte de la madrugada. Puede que haya sido una mezcla de todo eso y más. Consulta con desgana el reloj de su muñeca y se termina el café sin prisa aparente. Deja la taza en el fregadero con tranquilidad, se limpia la boca con un trapo, y sale de la cocina. Se acerca hasta su habitación, bañada en la penumbra, y observa a su mujer dormir en la cama. Siente cierta envidia al verla descansar. Desearía desnudarse, ponerse de nuevo el pijama y meterse en la cama a su lado; notar el calor de las sábanas y dejarse llevar por el sueño. Como si no hubiera responsabilidad alguna. Como si los problemas hubieran desaparecido tan rápido como vinieron. Pero es imposible. Sabe que el mundo no funciona así, que nada se rige por esas leyes. Se queda de pie, en silencio, estático y demacrado como una columna antigua, observando a su esposa y admirando lo hermosa que es cuando duerme. Tiene deseos de besarla, como cada mañana antes de irse, pero esta vez se frena por no despertarla. Coge el abrigo que hay en una silla y sale de la habitación.

El hombre cierra la puerta de la calle tras de sí y se encuentra a Doña Manuela, una vecina anciana de piel arrugada y ropas oscuras; tan delgada que parece vaya a quebrarse por la mitad de un momento a otro en un fino golpe de viento. La mujer parece venir de pasear a sus dos perros

salchicha. Por el color azulado de su cara, el hombre deduce que debe hacer bastante frío en la calle. "Normal. Es invierno. ¿O estamos en otoño?", se pregunta en silencio. La anciana vive justo en frente de Samuel y su mujer. Doña Manuela es viuda, o se separó, o su marido la abandonó, o algo parecido. Lo importante es que vive sola, completamente sola, a excepción de sus dos perros salchicha, a los que trata como si fueran los hijos que nunca tuvo.

-Buenos días, Doña Manuela - saluda Samuel intentando esbozar una sonrisa que no termina de salir.

-Buenos días. -contesta la mujer con gesto serio y moviendo de forma exagerada unos labios pintados de rojo intenso, más propios de una prostituta que de una anciana.- ¡Menudo escándalo han armado ustedes esta noche!

-¿Quiénes? ¿Nosotros? -pregunta el hombre sorprendido.

-¿Quién si no? ¡Dando voces como si no hubiera un mañana! ¡Y esos golpes...! ¡Y esos insultos...! ¡La virgen! Hay cosas que es mejor no oír.

-Creo que se equivoca, Doña Manuela.

-¡Yo no me equivoco, señor mío! ¡Sé muy bien lo que digo! ¡Soy mayor pero aún conservo perfectamente el oído!

-No digo que no haya escuchado voces o golpes. Digo que se equivoca de persona.

-¿Ah, sí?

-Sí. Yo también he oído voces en mitad de la noche. A eso de las tres de la mañana he empezado a escuchar a una mujer hablar, discutir y luego gritar. Por suerte, me he vuelto a quedar dormido. Pero ni mi esposa ni yo tenemos nada que ver con el jaleo de anoche.

-¡Qué raro, juraría que las voces procedían de su casa! ¡Estaba convencida de ello!

-No se preocupe. Son cosas que a veces suceden.

-¿Y quién se supone que ha estado gritando?

-Estoy prácticamente seguro de que se trata de la vecina de arriba.

-¿Qué vecina de arriba?

-La que vive justo encima de nosotros.

-¡Eso es imposible! ¡En ese piso hace años que no vive nadie!

La sorpresa se refleja en el rostro de Samuel. No sabe si Doña Manuela está equivocada, sufre de demencia senil, o si, por el contrario, tiene que empezar a creer en historias de fantasmas.

-No puede ser.- dice Samuel calmado.- Estoy seguro de que la voz provenía del piso de arriba. Pondría la mano en el fuego.

-Pues no la ponga tan rápido, joven, porque podría quemarse. Ustedes apenas acaban de mudarse, como quien dice...

-Ya llevamos más de medio año aquí, señora.

-Por eso mismo... Como quien dice... Llevo viviendo aquí más de sesenta años y conozco a todo aquel que ha pasado por este edificio durante ese tiempo, Todavía conservo intacta mi memoria. Hágame caso. El piso que está encima del suyo lleva vacío más de cinco años. Y si me equivoco, que me muera ahora mismo.

La boca pintada de la mujer se mueve como si masticase gelatina. Proyectiles de saliva salen disparados hacia ninguna parte. Samuel parece no percatarse de ello. Está más ocupado pensando en todo lo que la mujer le está contando.

3

Cuando Samuel vuelve a casa ya es noche cerrada. Saca las llaves del bolsillo del pantalón. El temblor de manos vuelve a estar ahí, aunque no recuerda con exactitud si alguna vez ha cesado a lo largo del día. Es más, apenas recuerda lo que ha hecho en las últimas horas. Trabajar, imagina. El día entero es una nebulosa que se ha extendido en sus pensamientos, como si no hubiera existido. No le da importancia. Seguro que no hay nada importante de lo que acordarse, aunque le revienta que el tiempo se le escape en acciones insulsas que conforman su vida y que son fáciles de olvidar. Mecanismo de defensa, supone. Para que el tedio no sea tan difícil de llevar

Mete la llave en la cerradura como cada noche y entra en casa con la misma desidia de todos los días. Sin embargo, se encuentra con el apartamento totalmente a oscuras. Es extraño. Su mujer debería haber dejado encendidas al menos un par de luces. No es normal este recibimiento, esta negrura, este silencio. Llama a su mujer pero no obtiene respuesta. Enciende la luz del pasillo que le lleva directamente al salón. No se oye nada. La casa está fría. No hay nadie. No hay rastro de su mujer por ningún lado. Samuel comienza a preocuparse. No es normal. Recorre cada rincón de la casa, cada habitación. No hay nadie. Ni una nota. Nada. En la habitación, la cama desecha, como si su mujer se hubiera levantado y salido de casa a gran velocidad. El hombre se queda mirando las sábanas arrugadas sintiendo el nerviosismo y la preocupación anidar en su cuerpo. Normalmente ella siempre está en casa. No suele salir mucho. No tiene amigos ni aficiones. No las necesita. Para ella su casa es su reino, aunque es verdad que la mudanza realizada hace unos meses no la sentó bien del todo.

No tuvieron más remedio que hacerlo. Razones económicas les obligaron a ello. Samuel sabe que a su mujer le costó mucho desprenderse de su antiguo apartamento. El cambio de distrito, sus viejas cosas y antiguas amistades... Todo ello supuso un mazazo para los dos, pero sobre todo para su mujer que adquirió desde entonces un semblante triste que era difícil de quitar, por más que Samuel lo intentara. Podía ver la melancolía reflejada en sus ojos todas las noches, cuando cenaban juntos o hacían el amor presos del aburrimiento. Intentó comprenderla, pero Samuel no es una persona que comprenda muchas cosas y menos aún cuando nadie se las explica. Su mujer no decía nada, no se desahogaba con su marido, no expresaba su tristeza, lo que la comía por dentro. Se limitaba a hablar del día a día con cierta desgana y poco interés. Samuel no es tonto. Se dio cuenta de que las cosas no funcionaban bien y que cada día la historia parecía agravarse más. Sin embargo, no le da la importancia que debería. Son rachas, crisis. Lo típico de todos los matrimonios con ciertos años a la espalda. Y aquella bofetada...

Se sienta en la cama y apoya la cabeza en las manos. Pien- sa, teme, que su mujer le haya abandonado, que se haya ido definitivamente, como tantas veces ha amenazado. Si fuese así estaría perdido. No sabría qué hacer con su vida. La quiere tanto... ¿Es eso cierto? Samuel mueve la cabeza de un lado a otro como para desprenderse de un mal pensamiento. "¡Pues claro que la quiero!", grita en su cerebro. Por eso no comprende qué está sucediendo, por qué su mujer no está aquí como todas las noches, esperándole con la cena puesta y una simple sonrisa que a veces resulta- ba demasiado forzada. No, su mujer no es feliz en este sitio. De eso se dio cuenta en seguida. No hay que ser muy listo para ver que no se ha adaptado con normalidad al cambio. "Pero, ¿qué quiere que yo haga?"

Necesita pensar bien. No concibe una huida o que le haya abandonado. Nadie ni nada la espera ahí fuera, al menos

que él sepa. Tampoco tiene razones para irse. Sí, es cierto, el nuevo apartamento no es de su agrado, pero los dos son felices, en la medida de lo posible. O no... Quizá no del todo. Pero Samuel no le da importancia a esas nimiedades. Hay que continuar para adelante, seguir respirando y luchando juntos. Ir sobreviviendo al día a día. ¿Qué más necesita ella? No lo comprende. ¿Quiere que vuelvan a su antiguo distrito, al antiguo apartamento? Eso es del todo imposible, al menos de momento, y ella lo sabe.

Se levanta de la cama y se dirige a la cocina. Samuel tiene hambre pese a todo. Su estómago protesta. ¿O son los nervios? Sea como sea, no encuentra nada que llevarse a la boca. Cierra la nevera con visible enfado. "Ni siquiera me ha dejado algo de comida", se queja mientras llena un vaso de agua y se lo bebe lentamente sin dejar de observar el resto de la cocina, pensando, quizá, dónde puede haber algo que comer.

Entra en el salón y se deja caer en el sofá como si la vida se le escapara; como si fuera un fardo de peso muerto cansado de existir. Oye el constante tic-tac de un reloj de pared que rompe el gélido silencio que le rodea. "Tic-tac, tic-tac, tic-tac..." El latido le hipnotiza, y mientras piensa en la bronca que le va a echar a su mujer en cuanto ésta aparezca por la puerta, cierra los ojos y se duerme.

Pesadillas constantes atenazan su cerebro. Despierta de repente, como si le faltase el aire, como si no pudiese respirar. Se lleva las manos a la garganta en un movimiento mecánico que de nada sirve. Coge aire. Respira. Los ojos abiertos como faros iluminando la carretera. Intenta tragar saliva, pero tiene la boca tan seca que sólo escucha los chasquidos rencorosos de su tráquea. Se calma como puede, dejando que el cuerpo se relaje por sí sólo. Consulta su reloj. Las tres menos diez de la mañana. No puede ser. Confirma la hora con el reloj de la pared. Con el aturdimiento de cabeza que tiene no sabe qué hacer, si ir a la cama, quedarse en el salón, comprobar que su mujer ha regresado... Decide llamarla, pero las dos voces que da retumban tanto en el piso que prefiere callarse. Como suponía o intuía, no obtiene respuesta alguna. Tres menos diez de la mañana. "¿Dónde demonios estará?" Se va convenciendo de que se ha ido para siempre o le ha pasado algo malo. Ninguna de las dos opciones es buena, lo sabe, pero en su fuero interno prefiere la segunda para justificar su ausencia. Si no... Prefiere no pensarlo. Lo mejor será llamar a la policía. Ellos sabrán qué hacer. Pero es demasiado tarde

y está muy cansado como para sufrir un interrogatorio a estas horas. Papeleo, explicaciones... No, lo mejor será avisarles a primera hora de la mañana. En cuanto se levante. Tendrá la mente más despejada y podrá afrontarlo todo con mayor serenidad. Sin embargo, se acerca al teléfono y lo acaricia suavemente, con la punta de sus dedos, como quien toca la piel tersa y delicada de la amada. Piensa. Reflexiona. Pero no llega a conclusión alguna pues la mente se evade hacia otros lugares. Es entonces cuando la voz de la mujer de la pasada noche comienza a oírse de nuevo.

-Es de noche. Siempre es de noche. Aquí todo el rato está oscuro

Samuel apenas consigue entender tres frases. La voz, aunque potente, pierde su nitidez a través de los muros. Algunas palabras se oyen con claridad, mientras que la gran mayoría se confunden con el éter, convirtiéndose en meros susurros sin significado aparente. Sin embargo, esa voz de mujer consigue ponerle nervioso, y más sabiendo que en el piso de arriba no vive nadie. Juraría que es de ahí de donde proviene la voz. Su vista se clava en el techo, como si con ello pudiera atravesar las paredes y ver qué ocurre. Afina el oído, permanece quieto y en silencio. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... La casa parece venirse encima, fluctuar ante él, como si sus paredes se encogiesen y estirasen en un ritmo pausado que desconoce. Se siente mareado. Se agarra a un mueble vacío y hastiado intentado no caer, pero su cabeza parece no querer dejar de dar vueltas.

-Cuando me conociste yo era una mujer con... Y los sueños... Nunca más volvieron... Me escondiste en tu...
¿¡QUIÉN?!

Samuel intenta concentrar la vista en un punto concreto del salón para que el vértigo se calme, pero sus ojos no paran quietos. Son como dos bolas enfebrecidas buscando algo que no existe. Una náusea asoma por su garganta fruto del mareo, pero consigue retenerla sin problema. En ese momento, alguien llama a la puerta. El timbre suena alto y es-

tridente en mitad de la noche. Samuel se pregunta quién demonios llama a estas horas. Puede que tenga algo que ver con la mujer que no para de hablar. Es posible que por fin resuelva el misterio. Se mueve como puede hacía el pasillo de la entrada, agarrándose a muebles y paredes para no caerse. Se acerca a la puerta y pregunta sin tener intención de abrirla. No son horas. Ni siquiera tiene fuerzas para asomarse a la mirilla y ver de quién se trata.

-¿Quién es?

El silencio, sólo roto por la voz de la mujer del piso de arriba, es la única respuesta que obtiene.

-¿¡Quién es!?- repite más alto, por si al otro lado no le han oído. La contestación sigue siendo la misma.

El mareo se va mitigando. Incluso es capaz de estirar su cuerpo sin que se vaya de un lado al otro. Cae en la cuenta de que puede ser su mujer la que ha llamado. Pega el ojo en la mirilla pero no ve nada excepto oscuridad. La luz del portal se ha apagado. O quizá nadie la encendió en su momento. Abre la puerta lentamente, escuchando con desagrado los goznes rechinar. Saca la cabeza con timidez, con cierto miedo, y pese a la resaca de los vértigos, Samuel se percata que en el descansillo no se oye el eterno monólogo de la mujer del piso de arriba. Sin embargo, apenas le concede un par de segundos al hecho. Se acerca al interruptor de la luz y la enciende. Nada. Todo está vacío. Nadie parece haberse acercado a su puerta, y si lo ha hecho, ha desaparecido antes de que Samuel la abriera. Puede que todo haya sido producto de su imaginación, pero no lo cree. Ha oído el timbre con toda claridad retumbar en sus oídos. Se aproxima al borde de la escalera para comprobar que nadie baja o sube. Todo es tan extraño... El silencio es absoluto en el portal. A estas horas todo el mundo duerme. O casi todo.

La puerta de Doña Manuela se abre en una rendija de oscuridad por donde asoma su cabeza. Samuel percibe su mirada furtiva y cargada de enfado. Unos rulos desencajados

plantados en su pelo gris le dan un aspecto aún más tétrico si cabe.

-¿Qué hace usted ahí?-pregunta la anciana con visible enfado.- ¿No sabe la hora que es?

-Disculpe, doña Manuela. Es que me ha parecido que alguien llamaba al timbre y cuando he salido...

-¿Quién demonios va a estar llamando a su puerta a estas horas? ¿Está usted borracho?

-No, señora...

-Se lo advertí esta mañana, joven. Este es un edificio muy tranquilo y no nos gustan los escándalos.

-Lo comprendo, señora, pero es que...

-¡Pero es que nada! Me cae usted simpático. No me haga tener que cambiar de opinión. ¡Buenas noches!

-Buenas noches, señora.

Pero antes de que Samuel termine la frase, doña Manuela ya se ha encerrado de nuevo en su casa. El hombre se queda mirando con cierta desazón el hueco de la escalera. La luz del portal se apaga de nuevo. La oscuridad le rodea por completo. Decide entrar en casa y no pensar más en lo sucedido.

En cuanto cierra la puerta vuelve a escuchar la voz de la mujer del piso de arriba. Continúa con su persistente charla como si no tuviese otra cosa que hacer que tirarse toda la noche hablando. Pero, ¿hablando de qué? Las pocas frases que ha conseguido descifrar carecen de sentido. Al menos para él. Supone que no para la mujer. Puede que esté hablando en sueños, pero es raro. No, tiene que estar completamente despierta. Y es más, alguien debe estar escuchándola, porque si no todo esto es una completa locura.

Samuel se dirige a la habitación y comienza a desnudarse. Aún le quedan unas pocas horas para poder dormir y descansar antes de otra larga jornada de trabajo monótona y aburrida. Se pone su viejo y raído pijama de rayas y se mete en la fría cama donde tendría que estar su mujer. Su mujer... ¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo?